



Las
manos
van
al pan

**MEG
FERRERO**



Las
manos
van
al pan

**MEG
FERRERO**

Índice

LAS MANOS VAN AL PAN

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Títulos de la serie

Sinopsis

Amor al primer mordisco.

Carlos se ha enamorado en un bar de las increíbles sensaciones que le ha provocado un humilde bocadillo. No lo entiende, él es un reputado crítico gastronómico, su paladar está entrenado para degustar los más delicados platos y, sin embargo, ha sido la combinación de unos sencillos ingredientes la que ha despertado todos sus sentidos. ¿O ha sido otra cosa? ¿Ha podido ser la misteriosa camarera a la que ni siquiera ha podido ver la cara?

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2019 María Esther García Ferrero © 2019 Harlequin Ibérica, una división de
HarperCollins Ibérica, S.A.

Las manos van al pan, n.º 242 - agosto 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1328-460-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

—¡Perdón! —se disculpó la camarera por el leve empujón propinado sin intención y pasó de largo con prisas, sin esperar a ver si su justificación era aceptada.

¡Joder! Menuda educación. Vale que él estuviera acostumbrado a otro tipo de lugares para comer, pero esto era el colmo. La chica, que había pasado a su lado dejando un aroma intenso a cúrcuma, a canela y pudiera ser que también a curry, le había lanzado, de manera literal, el plato a la mesa. Lo curioso había sido el modo de hacerlo. Había girado de tal manera la muñeca que un plato así lanzado, sin ese giro, hubiese acabado encima del comensal, pero ella lo había dejado con maestría justo en su sitio, aunque con un estrepitoso repiqueteo, mientras el plato terminaba de asentarse en la mesa. Quizá fue ese gesto el que lo dejó tan descolocado que ni siquiera fue capaz de decirle a la camarera lo que pensaba de su escasa educación.

Y, encima, el empujón en el hombro. Aunque tenía que aceptar que eso no le había molestado tanto como le gustaría reconocer. ¡Menuda cadera! Se giró de forma casi imperceptible para no ser descubierto en su curiosa inspección visual. Sí, aquella mujer que contoneaba su generoso trasero de forma casi infantil era justo el tipo de muchacha por el que él, en cualquier otro momento de su vida, se hubiese sentido atraído. ¡Mentira! Se sentía profundamente atraído. Tanto, que su miembro viril comenzó a cobrar vida propia. ¡Había que joderse! ¿Cuánto tiempo llevaba sin estar con una mujer? Tampoco tanto como para ponerse así. ¡Mierda! En otro momento no hubiese dudado en lanzarse al ataque, insinuarse con un despliegue indecente de todos sus encantos, que eran

muchos, y conseguir su número y una cita. Una cita que, estaba seguro, ambos tardarían en olvidar. Y eso con solo ver su silueta de espaldas. Su larga melena rubia ondulada, brillante y sedosa que, hubiese jurado, llevaba recién lavada con un algún champú de rosas, otro olor que lo seducía, llamaba de manera poderosa su atención. Su ancha y fuerte silueta lo cautivó como hacía tiempo no le sucedía. Siguió mirando un instante más, tan solo un segundo en el que se permitió volver a ser el mismo de siempre, el hombre que él creía ser, pero desistió al momento ya que la camarera no parecía que se fuese a volver para que él pudiese apreciar su rostro. No quería parecer un imbécil embelesado por una mujer delante del resto de los comensales, que no tardarían en seguir la dirección de su pose y su curiosa mirada.

Atacó sin demasiado interés el rápido bocadillo que había pedido y... sin previo aviso, el cúmulo de sensaciones del sabor de aquel mordisco lo dejó sin respiración. Paró incluso de masticar, con todo el bocado aprisionado en el interior de la boca, para no perderse ni uno solo de los diferentes sabores y aromas que llegaban a sus fosas nasales a través de su cavidad bucal. ¡No podía ser! Pero si él había ido a un bar “de mala muerte” en busca de alimento, más que comida, en una rápida escapada desde el hospital. ¿Quién se iba a imaginar que en un restaurante de menú del día iba a encontrarse con semejante *delicatessen*? ¡Y encima en un bocadillo! Comenzó a masticar, ahora más relajado, con todos sus sentidos puestos en el interior de su boca. Hasta se permitió el lujo de cerrar los ojos y dejarse atrapar por el instante. ¡Estaba exquisito! Tenía que apuntar todos los sabores, olores y sensaciones que el bocadillo le estaba haciendo experimentar. Sacó de su pequeña mochila, con rapidez, una ajada libreta de cuero sujeta por una goma y con innumerables papeles con notas dentro. Incluso se excitó con el sonido del “click” de su bolígrafo favorito, que era el que siempre daba el escopetazo de salida para alguna de sus creaciones, para algo que él adoraba hacer, para escribir.

Y eso mismo fue lo que se dedicó a hacer: escribir. Mordía, masticaba con cara de placer, tragaba y escribía. ¡Echaba de menos su trabajo! En cuanto volviera, esa sería su primera crítica. La revista gastronómica para la que trabajaba le había dado un largo permiso, pero él echaba en falta escribir y conquistar a la gente con sus palabras y piniones.

Sí, él era un crítico gastronómico relativamente famoso. Trabajaba en la revista *Tapas, ñam, ñam magazine*, una revista mensual del grupo editorial de revistas como *Esquire*, *Forbes* o *L'Officiel*. La definían como una revista de estilo de vida y gastronomía dirigida principalmente a foodies y urbanitas adictos a la cocina, de unos treinta y cinco años y de clase media-alta o alta. ¡Adoraba su trabajo! Dejó un instante el boli sobre la mesa para atacar los últimos bocados de su comida y giró la muñeca para comprobar la hora. ¡Joder! Tenía que irse. Se limpió de manera descuidada y recogió todas sus cosas. La sonrisa en la cara, al salir del establecimiento, le recordó por un instante que estaba vivo y le devolvió las fuerzas que necesitaba para continuar. Volvió a girarse para buscar con la mirada a la camarera que le había dejado, o prácticamente arrojado, el plato con aquel bocadillo sobre la mesa. Tan solo pudo apreciar en la distancia su perfil, estaba claro que era lo más que iba a conseguir evaluar de ella. Tenía que irse, pero ahora sabía dónde había una camarera con rostro desconocido que lo había embaucado con sus curvas y su olor, y dónde podía comerse un bocadillo de cinco estrellas de manera rápida y por unos pocos euros. ¿Recordaba la felicidad? Sí, ahora sí, aunque fuese efímera y en forma de una desconocida con un bocadillo. No era un hombre muy exigente, ¿no?

Capítulo 2

El hospital estaba casi en frente del restaurante, así que no tardó mucho tiempo en llegar. Lo difícil era encontrar la habitación de su hermano. Los hospitales de la capital eran inmensos y, cuando comenzabas a recorrer los pasillos, era como ir de compras a Ikea: entrabas, pero no sabías por dónde ibas ni cuándo llegarías al lugar deseado. Se ponía malo con todo el tráfico de gente de esos lugares, que parecían ponerse de acuerdo en ir en el sentido contrario a su marcha e impedirle llegar a su destino.

—¡Ya he vuelto! —dijo Carlos entrando a la vieja habitación donde, por suerte, solo había otro paciente con un familiar. —¡Buenas! —saludó al resto de la gente.

—Buenas tardes —contestaron, educados, los demás.

—¿Por qué comes tan rápido? —comentó molesto su hermano—. Ya sabemos que me voy a morir, pero no va a ser precisamente ahora, no tienes que ir con prisas a los sitios y volver como si te fuera la vida en ello.

Carlos se quedó sin respiración. ¿Por qué tenía que morirse? La vida no podía ser una puta mierda tan grande. Su padre acababa de morir de cáncer y hacía un año que lo habían hecho su madre y sus otros hermanos por el mismo problema. ¿Sería algo genético? ¡Joder! No se podía creer que su hermano lo banalizase de aquella manera. Además, todavía no estaba diagnosticado. Aunque todo apuntase a ello, lo habían ingresado para hacerle pruebas y descartar un tumor cerebral.

Carlos era el hermano menor de una familia de cuatro hermanos. Había nacido cuando su madre tenía cuarenta y seis años, y en aquella época a eso se le llamaba “hijo de madre añeja”, vamos, que fue el “goma rota” de turno, el error, un fallo de cálculo por así decirlo, ya que sus hermanos ya tenían más de veinte años cuando él nació. Su infancia había sido muy feliz, de eso no tenía ninguna queja. No había tenido hermanos, eso sí, había tenido cinco padres. Un poco malcriado sí que había salido, sí. Lo único malo de toda esa infancia llena de dicha, en la que él había sido el “juguetito” de la familia, era que todos habían sido muy mayores para él y la desgracia se cernió sobre sus vidas cuando el cáncer los envolvió como un manto gris del que no se puede salir.

No podía quejarse de sus padres, habían vivido muy bien y muchos años hasta que murieron, pero no podía decir lo mismo de sus hermanos, y menos de Alfredo, el que ahora estaba tumbado en aquella triste cama de hospital. Apenas pasaba los sesenta y no parecía tener muchas esperanzas de un buen pronóstico. Había sufrido demasiado las demás pérdidas de su familia y ese era su último familiar cercano vivo. Bueno, estaban sus sobrinos y sus cuñadas, pero las muertes de sus hermanos también los habían distanciado, amén de la diferencia de edad.

—¡Quiero estar aquí! ¿Vale? —contraatacó molesto—. ¿Ha pasado el médico?

—Pero si hoy no nos va a decir nada definitivo —amonestó con rapidez Alfredo.

—Eso no lo sabemos. ¡Mierda! Esta espera me está matando...

—¡No, chaval, me está matando a mí! —se carcajeó su hermano.

—No tiene ni puta gracia —protestó enfadado Carlos.

—Sí que la tiene, al menos reconócelo.

Alfredo siempre había sido el más simpático de sus hermanos. No es que los demás hubiesen sido malhumorados, pero este era con el que más afinidad había tenido, quizá porque era el menor de los tres y el de una edad más cercana a la suya. Era muy amable y campechano, afectuoso y muy sociable, risueño y siempre bromeaba, aun en las peores circunstancias. Los dos habían

sufrido juntos las muertes de sus familiares y Alfredo era el que siempre había tirado de él.

La enfermera que entró en la habitación interrumpió su conversación. Hora de las constantes. Era una vieja estirada con la que Carlos no podía, le superaba que “una sota” como ella estuviese en una planta como la de oncología. ¿Se podía ser más antipática y desagradable? Lo malo, o lo bueno, según se viese, de haber pasado tanto tiempo en esa planta era que ya se conocía a todo el mundo.

—¿Pueden salir los familiares?

Ni un triste “por favor” o “¿les importaría?”. No. Esta entraba y pontificaba. Carlos no la podía ver ni en pintura.

Salió de bastante mal humor de la habitación y se plantó en la entrada a esperar. Cuando “su majestad, la reina de Saba”, salió de la habitación sin decir ni una sola palabra, Carlos volvió a entrar y se sentó en el incómodo ¿sofá?, ¿sillón?, ¿silla? ¿Cómo demonios se le podía llamar a aquello?! Desde luego, era de todo, menos cómodo.

Dejó que su hermano durmiera un rato la siesta mientras él aprovechaba para escribir sobre “su bocadillo”. Aunque, junto con todo el despliegue de sabores y olores que el bocata le rememoró, se mezcló el deseo por la empleada de generosas caderas. ¡Joder! Otra vez su miembro viril lo importunaba con sus demandas cuando estaban fuera de lugar.

Llegó la noche y con ella el cambio de turno. Por fin se iba a ir la petarda de la enfermera de la tarde. La suerte que habían tenido era que tanto su hermano como su compañero de habitación estaban solamente para hacerse pruebas y lo cierto es que las enfermeras no tenían que entrar mucho, ya que los pacientes no precisaban medicación. Comprobaban constantes y poco más.

El problema real que se le presentó a Carlos fue su sorpresa cuando la enfermera del turno de noche entró para preguntar a los pacientes cómo estaban. Y esta, ¿de dónde coño había salido? ¡Pero si él se conocía a todos los trabajadores de ese hospital! Qué tía más buenorra. ¡Vaya por Dios, esta no tenía que estar entrando y saliendo!

—¿Todo bien? —preguntó con voz dulce, mientras se sentaba y

acomodaba de manera informal sobre la cama de su hermano y procedía a tomarle la tensión de forma manual.

¡Pero si todas usaban el tensiómetro automático! Vale, no importaba, se supone que de esta manera era una tensión mucho más fiable y exacta, y él podría mientras devorarla con la mirada a sus anchas. Sí, también se consideraba un experto erudito en el arte de la enfermería y la medicina debido a todo el tiempo vivido en los hospitales.

—Perfecto —contestó Alfredo ante su espectacular sonrisa.

Carlos no pudo ni contestar, aunque la pregunta, entendía, no iba dirigida a él. Rubia, con el pelo más que estirado en una altísima coleta y fuertota, como a él más le gustaban. Esas mujeres con curvas en las que te puedes perder explorando... ¡Joder, qué tetas! Quería hundir la cara ahí hasta perderse por completo. Y esas caderas anchas, esos muslos fuertes, pero prietos. ¡Dios! ¿Estaría mal si le pedía el teléfono? No era una niña, tampoco es que se fuera a asustar, ¿no? Calculaba unos treinta y pocos, no veía anillo por sus dedos, aunque eso, en una enfermera, no era indicio de nada. Las buenas enfermeras no llevaban anillos ni las uñas pintadas porque era antihigiénico y porque se tenían que lavar las manos de forma continua. Sí, Carlos sabía mucho de enfermeras, y en el más amplio sentido de la palabra, ya que había terminado liándose con alguna que otra. Y esta era una de las buenas. Sus perfectas uñas limpias y bien recortadas junto con su acción de tomar la tensión manual se lo decía a gritos. ¡Joder! ¿Cómo iba a saber si estaba casada? Bueno, ¡a las trincheras!

—¡Hombre, enfermera nueva! —comentó con un enorme despliegue de encanto.

¡Coño! Menuda mirada de reproche recibió a cambio. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, si hablaba, no le dejaría oír la tensión. Sus mejillas enrojecieron. ¿Alguna vez le había pasado? ¡Joder! No recordaba nunca antes un bochorno igual.

La enfermera terminó y le dirigió una mirada algo sorprendida.

—Nueva... en esta planta. —Y volvió a dirigirle la mirada a Alfredo. — Me llamo Lucía, he visto que estaréis por aquí esta semana mientras te hacen pruebas —afirmó con una dulce sonrisa, que hizo que Carlos se removiera

incómodo en esa mierda de silla-sillón-sofá—. No te preocupes, ya verás como no es nada y en una semanita estás de nuevo en tu casa. Tómate estos días como un descanso merecido del trabajo, te relajas, lo disfrutas y ya verás qué feliz.

—Feliz, lo que se dice feliz... —contestó Alfredo embobado—, no lo sé. Y dime tú cómo se descansa en una cama con estas sábanas que parecen esparto y con esta maravillosa comida que ofrecéis.

La carcajada de la enfermera dejó pasmados y boquiabiertos a los dos hermanos. ¿Se podía ser más preciosa y espontánea?

—¡Es cuestión de actitud! —afirmó guiñando un ojo, como si le acabase de revelar el misterio del Santo Grial.

Y se fue. Se fue sin que ninguno pudiese articular ni una palabra más.

Alfredo miró a su hermano automáticamente y comenzó a descojonarse.

—Esta es de las que a ti te gustan, ¿eh? Imagínate que de esta mierda conseguimos que por fin sientes la cabeza...

Carlos lo miró molesto.

—¿Pero qué sentar ni qué sentar la cabeza? A mí déjame de tonterías. —Y bajando la voz, para que no lo oyesen los del al lado le dijo—: ¡Pero no jodas que no tiene el polvo del siglo!

—Vaya que si lo tiene —contestó su hermano entre risas, mientras el otro paciente, espectador de la situación, se quedaba con dos palmos de narices y sin la tensión tomada.

Capítulo 3

—¡Gilipollas! ¡Gilipollas! ¡Gilipollas!

Así, y dándose cabezazos contra la pared, se encontró a Lucía la auxiliar, que iba a entrar en la habitación a poner los termómetros.

—¿Te encuentras bien, Lucía?

Lucía se despegó de la pared. Cómo coño se iba a encontrar bien si se acababa de dar cuenta de que había salido de la habitación olvidándose de uno de sus pacientes. Y lo peor es que ahora le daba una vergüenza horrible volver a entrar. ¿Qué excusa iba a poner? ¿Que se había quedado tan embobada con los faros halógenos azules del acompañante del paciente que la mente no le había dado para más? ¿Que había tenido que cruzarse de piernas para estrujarse los bajos, que le habían comenzado a cosquillear, mientras veía a través de la camisa ajustada un abdomen definido y unos brazos fibrosos, con esas manos a las que ella les pediría clemencia, mientras le sobaban partes del cuerpo que hacía muuuucho tiempo nadie tocaba, y que se acababan de despertar de repente?

—Sí, sí, no te preocupes.

Barajó sus posibilidades de camino al control de enfermería. Cero patatero. Podría pedirle a su compañera de planta que entrara a hacer lo que ella había olvidado, pero iba a quedar como una auténtica gilipollas y tenía que ver a esa gente toda la semana porque estaba de noche. ¡Gilipollas!

De repente, una luz se le iluminó. Su tesina. Habían hablado de la comida,

¿no? Sí, sí lo habían hecho. ¡Estaba salvada! Un poco idiota sí que iba a quedar, pero mejor eso que gilipollas rematada.

Volvió a entrar a la habitación con demasiada energía ya que las cuatro personas que estaban dentro abrieron mucho los ojos del susto, como si acabasen de ver una aparición.

—¡Perdón! —se excusó al entrar de aquella manera en la habitación y hasta juró que había enrojecido y que “el tío buenorro” sonreía con autosuficiencia—. Es que, como me has hablado de la comida, he ido a por un cuestionario. Verás —dijo entregándole una hoja a Alfredo—, estoy haciendo un estudio sobre cómo la comida influye en los pacientes, no solo en su salud, sino también en su estado de ánimo. ¿Te importaría rellenármelo?

—No, claro que no, sin problema —contestó Alfredo presto a realizar la tarea.

—Pues te lo agradezco un montón, me ayudaría muchísimo.

Entonces, con aplomo y decisión, y la cabeza bien alta para bajarle los humos al tío buenorro (¿qué se habría creído él?), se dirigió al otro paciente para tomarle la tensión cuando este, todo curioso, le preguntó: —¿Y yo? ¿No puedo hacer yo también el cuestionario?

Lucía se quedó paralizada. No solo por el hecho de haber vuelto a hacer el ridículo más espectacular de toda su vida sino porque también se dio cuenta, al tocarse sobre el uniforme y encontrar tan solo el bocata que siempre llevaba en el bolsillo para mitad de la noche, de que no había llevado ni su fonendo ni su tensiómetro. Sus mejillas decidieron, sin previo consentimiento, ponerse de un tono rojo escarlata y tuvo que volver a cruzar, humillada, por delante del tío buenorro para buscar todo lo que había olvidado.

Capítulo 4

¡Sí! Definitivamente, se lanzaría de lleno a por la enfermera del turno de noche. Estaba claro que él le gustaba. Y él estaba más que encantado con ella. Además, necesitaba despejarse un poco de los problemas que lo tenían atrapado y, ¿qué mejor manera?

Lucía había entrado por la mañana con su preciosa mirada castaña baja para evitar la vergüenza y él había podido recorrer ese cuerpo más que curvilíneo a sus anchas. Era preciosa. Aun con las ojeras de una noche de duro trabajo y la coleta ya medio desmadejada, estaba guapísima. Esperaría a esa noche para no avergonzarla más y trataría de conseguir su teléfono.

El mediodía llegó y, con él, el ansia creciente por volver al mismo establecimiento del día anterior para atacar con voracidad el bocadillo. Bueno, no iba a negar que se moría de ganas por desvelar el rostro de su camarera, lo había atraído sin remedio. Hacía mucho tiempo que no le sucedía que le gustasen dos mujeres a la vez. ¿Sería porque llevaba mucho sin estar con una? ¡Ay, Dios! Se hacía mayor. Aunque los treinta y ocho eran maravillosos. Obviamente, ya no podía hacer las animaladas que había hecho en su juventud, pero, en general, estaba bastante satisfecho. No es que pensase tener un lío con dos mujeres a la vez, pero sí sentía mucha curiosidad por la camarera del bocadillo.

La decepción fue automática.

Ni camarera ni bocadillo.

—¿Cómo que no tienen el bocadillo?! —casi bramó con la confusión. Pero si él iba a escribir un artículo instando a sus seguidores para que fuesen a ese “cutre-bar” para degustar aquella delicia. ¿Cómo lo habían quitado de la carta? ¿Pero es que estaban tontos o eran retrasados?—. Mire, déjeme hablar con el cocinero, usted no sabe quién soy yo, pero en cuanto le explique...

—¡Mire! —alegó molesto el camarero de la barra, que estaba hasta arriba de trabajo—. El cocinero no hace ese tipo de bocadillos, los hace una chica que viene de vez en cuando y hasta ella misma los sirve...

—¿La camarera tampoco está? —preguntó en un tono demasiado agudo para su gusto, lleno de incredulidad, y que le sorprendió incluso a él mismo por el grado de desilusión que lo acompañaba.

—No, es lo que trato de decirle, la camarera es la chica que hace esos bocadillos.

—Pero, ¿cuándo vuelve? ¿Está enferma? ¿Está en otro turno? ¿Cómo coño va esto? —interrogó subiendo poco a poco el volumen de voz, debido a su incipiente y fuera de lugar ansiedad.

—No tengo ni idea, oiga. Mire, tengo mucho trabajo y no puedo estar aquí de cháchara con usted. Si quiere algo para tomar, dígame y, si no, déjeme trabajar que tengo a mis jefes pisándome los talones. Solo sé que es una extra, nada más.

—De acuerdo, póngame una cerveza —dijo intentando tranquilizarse y ganar tiempo—. ¿Y no podría usted darme su número de teléfono o algún lugar donde esté haciendo extras también? —preguntó un poco desesperado.

—Pero bueno —protestó el camarero enfadado—, ¿usted no sabe lo que es la ley de protección de datos? No tengo ni su teléfono ni sé si trabaja en otro lado, pero sí sé que, aunque lo supiera, no podría dárselo, ¿lo entiende?

Una desilusión totalmente fuera de lugar se apoderó de él. Ya no solo por el hecho de que no fuese a conocer a la chica, ese era el menor de sus problemas, pero la ilusión que aquel bocadillo había despertado en él se esfumó como un sueño bonito en medio de una tormenta negra que amenazaba con tragárselo entero. Era su crítica, era su trabajo, era su pasión, era la vuelta a su vida normal, esa vida que en algún momento había desaparecido y cuyo

camino no conseguía volver a encontrar...

Pagó por una cerveza que no tomó y se fue, con un bocadillo de mierda que había pedido, a sentarse en un parque cercano donde, al menos, le diera el aire de la calle, y no el viciado de un hospital. Así podría disfrutar del sol, ya que aquel día de verano apretaba más que de costumbre.

Era un parque infantil, pero eso mejor que un apretado bareto de mala muerte. Desenvolvió el bocata y lo atacó sin entusiasmo. Lo que se temía. Pan chicloso, un filete de lomo con el que podría partir cualquier piedra y... ¿eso era queso? ¡Venga, no jodas! Levantó la mirada para perderla en el infinito, solo que no se perdió. Se topó directa con la enfermera del turno de noche. Con Lucía... y con dos niños pequeños que jugaban felices con ella en el parque. ¡Joder! Seguro que eran sus hijos. Hijos de un matrimonio feliz con un marido más que feliz de tenerla a ella por esposa. Ni camarera ni enfermera. ¡Cojonudo! Y lo peor era que él ansiaba eso. Ese era su gran secreto: formar una familia. Nunca se lo había revelado a nadie, ni tan siquiera a Alfredo. Como él estaba de buen ver y su familia y amigos siempre habían bromeado con que las mujeres lo perseguían por allá por donde iba, todos lo habían tachado de “donjuán”. Y, con el tiempo, hasta se lo había llegado a creer. Entre los estudios, que lo habían llevado por medio mundo, y las enfermedades de sus familiares, nunca había tenido tiempo para una relación estable. Pero, bromas aparte, él añoraba una compañera de viaje e hijos. Y era consciente de que la edad empezaba a pasarle factura. Pero también era consciente de que, por ahora, no podía pararse a pensar en nada de eso. Era mejor y menos cansado continuar siendo un “donjuán”.

Estaba claro que su día no podía ir a peor. Dejó de masticar, se levantó e hizo canasta con aquella basura en la primera papelera con la que se cruzó, camino del hospital.

—¡Eh! —oyó una voz femenina en la distancia que hizo que se girara, aunque no tenía ni idea de si ese “eh” era para él.

Era para él. Era la enfermera, que le miraba en la distancia con una espectacular sonrisa y que agitaba los brazos de manera infantil. No con mucho ánimo, giró para tomar su dirección y acercarse a ella.

—Vaya. Yo pensaba que las enfermeras que hacen turno de noche duermen

durante el día —indicó con una ligera sonrisa.

—No cuando eres madre —contestó alegre.

Si había albergado una mínima duda de que aquellos dos críos fuesen sus sobrinos o los hijos de alguna amiga, se disipó al instante.

—Claro, tienes razón. Pero también podría encargarse de los niños el padre, mientras tú descansas, ¿no?

—Bueno, sería una opción. Pero no en mi caso. Estoy divorciada y con la custodia de los niños yo sola. Hace tiempo que no sé nada del padre. Simplemente, desapareció del mapa con una quinceañera dejándome con todo el follón.

Carlos se quedó sin saber qué decir. Ni qué pensar. Sobre todo, por las sensaciones que aquel comentario le había provocado. No estaba casada. Estaba libre... o eso parecía, aunque no podía estar seguro de si había o no otro hombre en su vida. Pero le había dado esperanzas. Espera un momento, ¿esperanzas? ¿Esperanzas de qué? De repente, se sentía confundido. Mucho.

—Vaya, lo siento.

—No lo sientas. —Rio de forma despreocupada—. Es lo mejor que nos pudo pasar.

—Bueno, pero alguien tendrás que te eche una mano, haces turno de noche. ¿Algún novio, quizás?

Mira que era bruto. La estaba interrogando a base de bien, pero no pudo evitarlo.

—Claro que tengo ayuda. —“¡Joder!”, pensó, “ni una pizca de buena suerte”—. La de mi madre. —Vaya, eso sí que le impactó—. ¿Has salido a comer?

—Lo he intentado, pero no hay muy buena oferta por aquí, que digamos.

—Depende del tipo de comida que te guste. —Sonrió otra vez dejándolo con la boca seca.

—Dejémoslo en comida, sin más pretensiones.

—Pues, si tienes tiempo, hay un mesón a la vuelta de aquella esquina —

indicó levantando el brazo—, donde hay un estupendo menú del día.

Era su oportunidad. La invitaría a que lo acompañase y a comer, pero en ese momento un precioso niño rubio se acercó corriendo a toda velocidad y placó a su enfermera, mientras reía a carcajadas. ¡Se había olvidado por completo de los niños! Su gozo en un pozo. La brillante idea que acababa de cambiar su día se esfumó en una décima de segundo.

—Te lo agradezco, me acercaré en otro momento porque ahora prefiero volver con mi hermano.

—No le haces ningún favor maltratándote así —afirmó algo malhumorada—. Tienes que comer y también tienes que descansar.

Carlos abrió demasiado los ojos, incluso tuvo que arquear las cejas como un tonto y a punto es tuvo de contestar “sí, mami”. ¡Vaya con la enfermera! Pero si era toda una sargenta.

—Ah, ¿sí? —contraatacó lleno de razón—. Entonces mejor me voy a mi casa y sigo con mi vida como si nada, ¿ese es tu consejo? ¿Crees que de esa manera sí le haría un favor?

—Tampoco estoy diciendo eso —contestó molesta por el tono drástico de Carlos—, pero todo tiene un término medio. Puedes ir a descansar por las noches a casa. No tiene medicación, está bien, tan solo le están haciendo pruebas y son durante el día. Nosotras cuidamos muy bien de nuestros pacientes y de sus necesidades. Además, no resistirás mucho tiempo sin dormir y tampoco sin comer. Estoy convencida de que, si él no estuviese más preocupado por ti que por él mismo, le iría mejor —sentenció, cabreada del todo.

—Pero ¿tú qué sabes de nosotros y de nuestras preocupaciones?

—Soy enfermera desde hace mucho tiempo y el síndrome del cuidador es algo real y que me preocupa mucho.

—¿Síndrome del cuidador? Pero ¿de qué coño me estás hablando?

—Del sufrimiento de la gente que cuida a los enfermos y...

—¿Y qué sabes tú de nuestro sufrimiento? ¿Crees que hubiera preferido quedarme en casa mientras en mi familia se morían uno a uno?

Lucía se quedó cortada y pasmada. Pero ¿qué le estaba contando ahora? ¿Morirse? ¿Uno a uno? ¿Quién se había muerto?

—Mira, te estás alterando un pelín de más, tu hermano no se va a morir —rebatí casi sin mirarle porque estaba segura de que estaba exagerando con lo de su familia.

—¡Menuda listilla! —exclamó gélido y subiendo el volumen con la voz oscurecida por el cabreo, hasta asustar al niño, que se apretaba cada vez más contra su madre—. ¿Ahora también eres adivina?

—¡Estás asustando a mi hijo! —replicó bastante enfadada.

—¡Pues dedícate a cuidar de tus hijos que yo haré lo propio con mi familia! —amenazó acercándose demasiado a ella.

Durante un instante que, juraría, había durado demasiado, se había perdido en las profundidades de aquellos ojos castaños. Tanto, que hubo un momento que no recordaba qué era lo que había sucedido y lo único que quería era atrapar aquellos sensuales labios entre los suyos. Pero la confusión inmediata en la mirada de ella le recordó lo que acababa de suceder y, acto seguido, se giró y se largó de allí de forma brusca.

Capítulo 5

Lucía no quería entrar a la habitación para su ronda nocturna. ¡Menudo gilipollas estaba hecho el tío ese! Todavía estaba cabreada. Pero si ella solo había pretendido ayudar. ¿Cómo un tío tan guapo podía tener aquel carácter tan endemoniado? Era ridículo pensar que no iba a estar en la habitación, pero, por un momento, se permitió el lujo de fantasear con la idea. No, pensó con resignación, ese idiota no se separaba de su hermano ni a sol ni a sombra. ¿De verdad habría muerto alguien más en la familia? Entró en el control de enfermería y no lo dudó ni un momento. Agarró la historia de su paciente y comenzó a devorarla. Focalidad neurológica, TAC, antecedentes familiares de tumores... ¿de veras habría muerto alguien de su familia y por eso se había enfadado tanto? No ponía nada de muertes, pero a ella le parecía que todas las pruebas iban más enfocadas a descartar un derrame cerebral que un tumor.

En fin, no podía seguir demorando la espera. Los nervios la estaban matando. Se dirigió con paso decidido hacia la habitación y entró. Tal y como le sucediera el día anterior, su efusividad hizo que todos los presentes levantaran la mirada con sorpresa, todos menos uno.

Carlos mantenía la mirada fija e interesadísima, de forma totalmente forzada, en una revista de gastronomía. ¡Mejor! Si no se cruzaban las miradas no tendría por qué sentirse tan incómoda. Pero ¿por qué se sentía tan mal? ¿Por qué quería, de repente, que ese engreído la mirase? ¿Por qué se moría de curiosidad por saber qué era lo que había pasado en su familia? ¿Por qué, cuando se había enfadado con ella, hasta se había excitado? ¿Por qué cuando prácticamente había pegado su cara a la de ella, con aquella dura advertencia,

su olor la había envuelto como una brisa veraniega y se había quedado eclipsada por aquellos labios perfectos? ¡Venga ya! Pero ¿qué coño le pasaba? Ese tío era un déspota imbécil y, además, un hipocondriaco, cosa que ella detestaba más que nada.

—Buenas noches, ¿todo bien? —preguntó con la voz más dulce que en ese momento pudo componer.

—Perfecto —expresó Alfredo, ajeno al rifirrafe de aquellos dos en la tarde y con sorpresa al contemplar la reacción de su hermano.

—Muy bien, gracias —anunciaron las otras dos personas de la habitación.

—Fantástico —dijo ella—. He podido ver que las pruebas de hoy han salido perfectas para ambos —apostilló con un cierto retintín dirigido con toda la intención hacia Carlos—. Ahora pasaré a tomar las constantes y podréis descansar toda la noche.

—Sí, de hecho —afirmó la que parecía ser la mujer del otro paciente—, hoy me iré a casa a descansar. Benito quiere que me relaje, ya que él se encuentra perfectamente.

Hasta Carlos pudo percibir, aun sin mirar, cómo Lucía ensanchaba el cuerpo y se crecía ante él, toda llena de razón, con la estúpida frase de aquella estúpida señora. Pero no, no pensaba darle el gustazo a su prepotente enfermera de que viera lo turbado que se había quedado.

—Me parece perfecto —argumentó con orgullo—, nosotras cuidaremos de él y usted podrá descansar. Enseguida vuelvo.

Y salió de la habitación para continuar con su tradicional saludo a todos los pacientes de la planta cuando llegaba a su turno.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Alfredo, curioso, a su hermano.

—¿Por...? —contestó Carlos, sin apartar la mirada de su revista.

—No sé... ¿porque ha entrado tu enfermera favorita y no solo no has saludado sino que ni siquiera la has mirado? Además, parece que quieras asesinar a la pobre revista.

—¿Desde cuándo es mi enfermera favorita? —replicó enfadado levantando la mirada de su estúpida revista, que llevaba más de media hora

mirando sin enterarse de nada—. Además, sí he saludado. He dicho “hola”.

—Así estamos, ¿eh? —enfaticó Alfredo malhumorado—. A lo mejor necesitas descansar un poco. No deberías estar aquí...

—¿Tú también? —bramó, sin percatarse de que las otras personas que estaban en la habitación se giraban con curiosidad morbosa hacia la conversación entre hermanos.

—¿Yo también? —preguntó atónito Alfredo—. ¿Puedo saber quién te ha insinuado lo mismo?

—¡La enfermera! —sentenció levantándose de aquella mierda de silla—. Es que no os entiendo. Me estoy dejando la vida en los putos hospitales y encima os quejáis todos. ¡Igual que mamá! Siempre diciéndome que tenía que seguir adelante con mi vida como si nada estuviese pasando. Pues, joder, sí pasaba. Mi madre se moría y vosotros la tuvisteis más tiempo que yo, la pudisteis disfrutar más que yo. Y no me había recuperado cuando enfermaron nuestros hermanos, luego papá...

Carlos dejó de hablar. Le costaba respirar, le temblaba la voz, tenía un nudo horrible en la garganta y el corazón le iba a mil. Sabía que todo ello era una clara amenaza de que podría comenzar a llorar. Y él no se lo podía permitir. Su madre se lo había pedido en el lecho de muerte. Pero, joder, cómo dolía. Además, no quería que nadie lo viese así. Él era fuerte y tenía que serlo más que nunca porque solo le quedaba Alfredo, el único que había tirado siempre de él... Pero ahora era él quien tenía que sobrellevar todo, el que se quedaría solo con su sufrimiento, sin familia...

—Carlos, hermanito...

—¡Carlos, nada! —sentenció casi en un grito.

Todo ese torrente de sensaciones consiguió que su mal humor, esa mierda de mal humor que había comenzado a mediodía, llegara a niveles insospechados en él, que siempre había sido el niño dulce de la familia, pero que ahora no sabía cómo gestionar su sufrimiento.

En ese preciso momento, entró la auxiliar con la leche caliente y las galletas, que siempre se repartían por la noche, a la vez que entraba Lucía con su fonendo y su tensiómetro.

—¡Venga, chicos! —animó la auxiliar al entrar con sus bandejas—. Os traigo algo rico para que durmáis como angelotes.

Carlos no pudo más. ¡¿Algo rico?! Y encima, detrás, Lucía entraba sin dirigirle la mirada.

—¡Eso es una mierda! —sentenció Carlos ofuscado—. Mejor no le dejéis nada a mi hermano. Ahora bajaré a traerle aunque sea un triste bocadillo.

Lo dijo sin pensar y fue lo primero que se le ocurrió porque todavía estaba cabreado por no haber podido reencontrarse con su maravilloso bocata ni su misteriosa camarera. Pero vamos, ¿un bocadillo a esas horas? Definitivamente, era tonto del culo.

Alfredo se quedó mudo de la impresión. ¡Pero si él nunca se había quejado de esas galletitas nocturnas con su leche calentita!

—Te voy a pedir que contengas tus palabras y muestres un poquito más de educación —alegó Lucía, que adelantó a la auxiliar, caminó hacia él y enfrentó su mirada.

—¡Pido disculpas a todos los presentes! —dijo Carlos con tono calmo conteniendo su rabia, más dirigiéndose a las personas de la habitación, y sin ningún signo de arrepentimiento—. Pero insisto en que esto es una porquería. ¿No estabas haciendo un estudio sobre alimentación? Pues bien corto va a ser porque, esto, ya te lo digo yo, es una mierda —expresó amenazante acercándose más, si eso era posible, a la directa mirada de Lucía.

Como sucediera al mediodía, Lucía se quedó eclipsada por la arrebatadora presencia de ese hombre cuando lo tuvo tan cerca. Pero, en ese momento, su mala leche era más fuerte que todas esas sensaciones, que ya se pararía a analizar en otro momento. Apartó con dificultad la mirada de Carlos y, con excesiva brusquedad, se dirigió hacia Alfredo y su bandeja, agarró el plato con rabia, quitó las galletas ante la atónita mirada del paciente y se las dio a su auxiliar.

—Un bocadillo, ¿eh? ¡No hay problema! También tenemos de eso —decretó, mientras se metía la mano en el bolsillo del uniforme y sacaba su propio bocata de media noche, envuelto en papel de aluminio, para darle en las narices a Carlos—. Y te sugiero, ya que ves que podemos cuidar de tu

hermano, como tú mismo lo harías, que te vayas a descansar a tu casa y relajés tu carácter.

Carlos iba a contestar, en medio de su delirio de furia, cuando Lucía colocó el bocadillo en el lugar de las galletas y lanzó el plato hacia la bandeja de su hermano, que se pegó un susto de órdago, al ver venir el objeto volando hacia él, pensando en la hostia que se iba a llevar por culpa de aquellos dos. ¡Pero no! El plato quedó en su sitio, perfectamente colocado frente a su comensal, gracias al extraño giro de muñeca de la enfermera.

Carlos dejó caer la mandíbula y todo su cabreo desapareció a la vez que miraba atónito a Lucía. Rubia, con curvas, fuerte, sus andares casi infantiles y esa manera de lanzar el plato... acababa de encontrar a su camarera y a la autora del mejor bocadillo del mundo.

Lucía se giró y pegó un portazo muy poco digno de la enfermera profesional que era.

Carlos la siguió con la mirada, mientras pensaba que no se podía ser más imbécil.

—¡Coño! Qué bocadillo más rico —terció su hermano masticando a dos carrillos, mientras observaba la escena como si estuviese en el cine y, además, pasándosele pipa.

Capítulo 6

¡No podía ser! ¿Sería de verdad ella? Tenía que averiguarlo, no podía quedarse así, con la duda.

—Dame un bocado —ordenó sin más ceremonias a su hermano, que tendió el bocadillo, amistoso.

Carlos lo saboreó con cara de placer, mientras las tres personas restantes en la habitación lo miraban con la boca abierta.

—Ahora vuelvo —aseguró Carlos, devolviendo el bocadillo a su hermano y saliendo por la puerta en un suspiro.

Divisó a Lucía al final del pasillo, entrando en otra habitación, y se dirigió hacia allí para esperarla fuera, planteándose cómo iba a abordar el tema, dadas sus escasas posibilidades. Por idiota, claro. Porque no se podía ser más idiota.

Cuando Lucía salió de la habitación se encontró de frente a Carlos que, en ese momento, se pasaba la mano por el pelo con preocupación.

—¿Le ocurre algo a Alfredo? —preguntó alarmada y presurosa, mientras la auxiliar le dirigía una mirada poco gentil.

—No, no, tranquila... y gracias —titubeó—. Quería hablarte de otra cosa... —balbuceó, mientras le insinuaba con la mirada a la auxiliar que era un asunto privado y que ya se podía ir largando.

Lucía pasó del susto inicial por su paciente a la exasperación por la poca

paciencia que le quedaba con ese hombre. Viendo que, si su compañera no se iba, aquello se iba a prolongar, la invitó con amabilidad a que continuase la ronda sin ella.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó enfadada cuando la auxiliar entró en la siguiente habitación.

—Solo venía a decirte que voy a seguir tu consejo y me voy a ir.

Había pensado que era la única excusa que podría argumentar para llamar su atención y que le dejase hablar. ¡Funcionó!

Lucía se quedó perpleja. De repente, no había enfado. Tan solo estupefacción. ¿Tendría alguna enfermedad mental?

—Me alegro —expresó casi con cuidado, por si no había oído bien—. Pero no hace falta que me lo comuniques. Puedes ir y venir cuando quieras.

Lo dijo como quien le explica a un chiquillo tonto cómo hacer las cosas. Carlos hasta se imaginó a Coco, el de Barrio Sésamo, explicando lo que era entrar y salir, y estuvo a punto de romper en una carcajada.

—Lo sé, tranquila —consiguió decir, sin reír—. Es solo que... —carraspeó— ¿has hecho tú ese bocadillo?

Lucía se quedó boquiabierta. Ya no solo por el cambio radical en su manera de comportarse sino por la pregunta.

—Perdona, pero es que no te sigo —aseveró, sin saber si reír o llorar.

—El bocata de mi hermano, ¿lo has hecho tú o lo has comprado en algún sitio? —volvió a preguntar, por si no le había entendido, con total normalidad.

—Sí —dijo con cuidado y desorientada—. Lo he hecho yo y es mi tentempié de media noche, o mejor dicho... era.

Carlos desplegó una sonrisa que la dejó con la boca seca y temblando entera de arriba abajo. ¿Cómo podía ser tan guapo... y estar tan tarado?

—¡Genial! —contestó alegre—. Me voy si me haces ese bocadillo mañana.

—¿¿Qué?!

¡Venga ya! ¿Es que no existían hombres normales en el mundo? ¿Por qué le tocaban a ella todos los chiflados?

Carlos se dio cuenta de cómo debía de estar sonando aquello al fijarse en la expresión de Lucía. Aunque lo cierto era que sonaba como él quería, pero lo estaba haciendo rematadamente mal.

—A ver, perdona, voy a explicarme. —Recapacitó mientras levantaba las manos y hacía gestos de “tiempo”, como quien está en medio de un partido de baloncesto—. Eres la chica del bar, ¿verdad? El bar de enfrente del hospital. ¿No has hecho ese mismo bocadillo allí?

Lucía empezaba a relajarse, aunque sin entender nada.

—Sí, ¿me has visto allí?

—No. —“Este tío está zumbado”, pensó Lucía con desesperación—. En realidad, sí, pero no. Vamos, que te vi, pero de espaldas. Pero recuerdo tu bocadillo y su sabor, eso sí.

¡Vaya halago! Ese sí que era un pedazo de cumplido, pensó con sarcasmo. Y encima quería que le cocinara.

—¡Genial! —contestó como si fuera tonta, porque en realidad no se enteraba de qué era lo que quería aquel hombre.

—Es que yo soy crítico gastronómico y tu bocadillo... tu bocadillo es un auténtico manjar. Me encantaría volver a probarlo. ¿Me harías el inmenso honor de tener la satisfacción de volver a degustarlo? —preguntó hasta con gesto cómico para reconciliarse con la enfermera.

¡Coño! ¿Le acababa de pedir matrimonio a su bocadillo? Ese tío estaba ido, ya era un hecho. Y ella no sabía ni qué decir. Pero el hombre estaba tratando de ser amable, en el fondo ella se sentía halagada y, además, para qué negarlo, era el tío más guapo que había visto jamás y le gustaba demasiado, aunque no le hiciera gracia reconocerlo.

—Pues... sí, claro. Supongo que mañana podría dejar a los niños con mi madre y hacer un turno en el bar —aclaró pensativa, aunque sin saber muy bien si estaba haciendo lo correcto, porque, siendo honesta, y por mucha sonrisa y mucha guapura que tuviera, ese tío estaba fatal de la cabeza.

—Entonces, ¿eres cocinera? ¿Trabajas en algún otro lugar?

Carlos hablaba y preguntaba con verdadera pasión. ¿Crítico gastronómico? No tenía pinta de eso, aunque claro, ella solo tenía la imagen de Anton Ego, el de la peli de Disney, porque desde que tenía hijos, su vida televisiva se reducía a eso... a Disney.

—No, no soy cocinera. —¿Por qué la cara de desilusión de Carlos la afectó tanto?—. Es por mi tesina sobre la alimentación y porque me gusta cocinar. Le pedí al jefe del establecimiento si me dejaba su cocina para hacer el estudio y, como soy más que clienta habitual, me dejó. Voy solo cuando tengo tiempo.

— ¿Y tendrías entonces ese tiempo mañana para mí?

—Sí, supongo.

—¡Esto es estupendo! —exclamó con verdadero placer—. De veras, no sabes lo feliz que me haces. Iré a despedirme de mi hermano y mañana te veré en el bar a mediodía, ¿de acuerdo?

Y se fue. Se fue dejando descolocada a Lucía, que no entendía nada de lo que ocurría. Pero para él, para él lo era todo. Era una ilusión. Triste y pequeña ilusión en medio de las nubes de una terrible tormenta, pero algo que le daba vida, un soplo de aire fresco en medio de sus problemas. Puede que a Lucía le pareciese una chorrada, pero para él, esa ilusión, por muy pequeña que fuese, lo era todo.

Capítulo 7

Carlos despertó con renovadas energías y con una ilusión que hacía mucho tiempo no sentía. Estaba seguro de que volver a probar ese bocadillo y poder escribir sobre él, aunque no pudiese dar ninguna dirección de dónde comerlo a sus lectores, era la ilusión que ahora mismo necesitaba. ¿Estaba seguro? Sí, estaba seguro de que era eso y solo eso. La enfermera era muy bonita, no cabía duda, pero su ilusión estaba más que puesta en ese bocadillo. Solo en el bocadillo. Sí.

Se arreglaría para ir al hospital a ver a su sorprendido hermano, ya que se había ido la noche anterior sin más explicaciones que “tienes razón en que debo descansar”, y había desaparecido, y, luego, se iría con Lucía al restaurante. Con la preciosa enfermera que lo había cautivado con su bocadillo. Porque tenía justo el tipo de constitución que a él le encantaba, fuertota, y con una cara perfecta, con sus grandes ojos castaños, boquita de piñón y una sonrisa que quitaba el hipo... Pero él, con lo que estaba ilusionado era con el bocadillo. No le cabía la menor duda. Ese cosquilleo en el estómago y toda esa ansiedad contenida tenían que ser por sus renovadas ganas de volver a escribir y al mundo laboral que tanto añoraba. Estaba seguro.

La mañana pasó entre pruebas y más pruebas con un Carlos bastante despistado y un sonriente Alfredo que se ilusionaba, por momentos, por el embobamiento de su hermano. Alfredo no tenía miedo a morir y tenía asumido su destino, pero le daba mucha pena dejar a su Carlos solo en el mundo. Sin embargo, era la primera vez que veía ese brillo en sus ojos. Lo había visto

antes en sus otros hermanos, pero no en Carlos, no en el ligoncete de Carlos. Y le estaba produciendo a él mismo una dicha inesperada. Ojalá esa enfermera sintiese lo mismo y de una desgracia, y para variar, surgiese algo bonito en la vida de su hermano. No es que lo estuviese casando ya ni nada por el estilo, pero le gustaría que Carlos tuviese una ilusión cuando él ya no estuviera.

—¿Le pasa algo a tu reloj? —preguntó Alfredo, con recochineo, ante el evidente nerviosismo de Carlos, a medida que se acercaba la hora de la comida.

Eso le hizo ganarse un ceño bien fruncido por parte de su hermano.

—Es que tengo hambre, eso es todo —refunfuñó.

—Ya..., pero por mucho que mires la hora, el tiempo no va a pasar más rápido —se explayó con mofa y una sonrisa bobalicona en la cara—. Si tanta hambre tienes, vete a comer ya.

—No es la hora, sabes que Lucía hoy me va a hacer su bocadillo y, desde que lo probé la primera vez, tengo ganas de más, es solo eso —sentenció algo malhumorado por el recochineo de su hermano.

—Sí, la verdad es que el bocata de anoche estaba buenísimo, pero ¿no puede ser que tengas tantas ganas de comer por algo más? —preguntó subiendo y bajando las cejas varias veces, mientras sonreía de manera boba.

—Si te refieres a si me gusta la enfermera... solo hay que tener ojos en la cara. La chica está muy bien, aunque no me interesa más allá de su bocadillo, te lo aseguro. Ya sé que vas a comenzar con el tema de mis ligues, pero no pienso hacerlo esta vez.

—¿Y eso? —se sorprendió Alfredo—. ¿Cuál es el problema?

—Que ya estoy cansado del *sambenito* que me habéis colgado de ligón. Eso ya se acabó. Ya estoy mayor para ese tipo de cosas.

—¿Mayor? ¡Pero si eres un chaval! —objetó Alfredo, poniéndose serio—. Además, yo nunca te he animado a que fueses un ligón. Y creo que deberías plantearte sentar la cabeza de una vez por todas y formar tu propia familia. Esa enfermera es justo el tipo de chica que te gusta y ya me has dicho que está disponible, ¿no?

Carlos se quedó boquiabierto. No se esperaba eso de su hermano. En realidad, no se lo esperaba de nadie. ¿Formar su propia familia? Él nunca había tenido tiempo, y eso lo llevaba. No se trataba de llegar y besar el santo, no era un “hala, maja, que me has gustado y vamos a casarnos”. Además, ¿por qué estaba pensando en ese momento en Lucía junto a él, sentados en un sofá junto a una chimenea, riendo?

—¡Ya te vale, Alfredo! Ahora resulta que me quieres casar en dos días.

—Tampoco he dicho eso. Solo te digo que podrías empezar a plantearte conocer a alguien en serio, no en plan ligoteo de una noche y ya.

En ese momento, entró el celador para llevarse a Alfredo a otra resonancia. ¡Menos mal! Porque Carlos no sabía qué responder ante aquel despliegue de sinceridad de su hermano. ¿O es que le leía el pensamiento? Porque hacía tiempo que casi necesitaba con desesperación la compañía de una mujer, pero no solo para un buen polvo, sino para compartir algo más, algo como lo que habían tenido sus padres.

Carlos se sacudió la cabeza, se estaba volviendo loco. Él solo quería volver a comer ese bocadillo, ¿es que no había quedado claro?

Llegó un cuarto de hora antes al establecimiento y casi se dio con la puerta en las narices. Pero, ¿qué coño le pasaba al mundo? ¿Es que todo se iba a volver en su contra? Se acercó a la cristalera y plantó las manos a ambos lados de la cara para poder observar mejor porque se intuían luces dentro, pero no vio nada.

—¡Carlos! —oyó una inconfundible voz a lo lejos—. ¡Está cerrado!

Se giró para ver a una espectacular Lucía que venía a toda prisa y con cara de circunstancias. Aquel vaquero marcando todas sus generosas curvas y esa camiseta blanca de tirantes hicieron que tirante se pusiera su miembro en el acto. ¿Y por qué su voz le era tan inconfundible y supo que la hubiese distinguido hasta en medio del metro y a un kilómetro de distancia?

Lucía llegó arrebolada por la carrera que había hecho al cruzar la calle con el semáforo en rojo, para llegar cuanto antes hasta Carlos.

—¡Lucía! No hacía falta que corrieras, mujer. —¡Mentira! Le había encantado ver subir y bajar esos pechos en plena carrera—. ¿Por qué está

cerrado? Se ven luces dentro.

—He llamado hace un rato para decirle al dueño que hoy venía y me ha dicho que era el cumpleaños de un neurocirujano, y que cerraban porque le habían pedido una fiesta privada con la que le iba a llenar el bar. He intentado llamar al hospital para que te dieran el recado porque no tenía tu número, pero ya no estabas. He estado hablando con Alfredo y me ha dicho que te habías dejado el móvil en la habitación, así que me he acercado para que no quedases aquí plantado. Lo siento de veras.

¡Madre mía! Pero ¡si él tenía su teléfono! Su hermano lo había hecho aposta. Y ella... ella lo había dicho todo de una y sin parar, y con la fatiga de la carrera había obligado a su potente delantera a continuar subiendo y bajando de manera caótica, cosa que tenía más que embelesado a Carlos. ¡Estaba adorable! Y él no tenía ni la más mínima intención de quedarse sin su compañía.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Carlos con picardía y desplegando todos sus encantos—. Porque yo te prometí abandonar el hospital si tú me hacías hoy ese bocadillo...

A Lucía se le secó la boca al instante. ¡Pero qué ojos tan bonitos, qué sonrisa más traviesa, qué cara más atractiva, joder, pero qué cuerpazo tenía aquel hombre!

—Pues, no sé —titubeó algo intimidada por la situación.

—¿Y si vienes a mi casa a hacérmelo?

¿En serio había dicho aquello? Carlos se quedó de piedra. Además de que había sonado fatal y hasta podría plantearse que su sucio subconsciente lo hubiese soltado con toda intención, él jamás había llevado a ninguna mujer a su casa.

Lucía se quedó cortada. Muy cortada. Hablaban de un bocadillo, ¿verdad? Sí, “Lucía, no te embales porque el tío esté cañón y haga demasiado tiempo que no practicas sexo, por favor, centrémonos”. Pensó con rapidez, aunque en ese momento le costaba bastante el mero hecho de tratar de dilucidar nada. La presencia de Carlos absorbía todo a su alrededor.

—Ese bocadillo lleva una carne marinada, no se puede hacer al momento,

es algo bastante más laborioso...

Sí, había conseguido hilar una frase y, además, bien dicha.

—Y, ¿cómo me lo ibas a hacer en el bar? —cortó el discurso de Lucía sin pestañear.

—Es que iba a traer la carne ya preparada de mi casa para hacértelo allí...

—Pues llévame a tu casa —volvió a cortarla sonriendo—. Esto se parece a “en tu casa o en la mía”, pero sabes que me debes ese bocata.

Lucía abrió la boca y ya no pudo cerrarla. ¿De dónde coño había salido ese hombre? No podía negar que le gustaba mucho, pero él solo estaba interesado en su bocadillo y, aunque eso la halagaba, no podía dejar de sentir una pizca de decepción. Ya sabía que ella no era la talla ideal de un hombre y, además, Carlos ya sabía que iba por la vida con dos maletas, y tampoco era una niña, pero le hubiese encantado, para variar, que un hombre así se hubiese fijado en ella. Aunque tenía que ser en su bocadillo en lo que se había fijado. Pues bueno, tampoco había problema, ¿no? Ella no le interesaba más allá de sus artes culinarias y ya sabía que en su casa le esperaban sus dos hijos con su madre. ¡Hala! Pues le haría su bocadillo y ella volvería a su habitual y aburrida vida cuando él desapareciese del hospital con su hermano. Mientras, una promesa era una promesa. O, al menos, eso quiso creer ella.

—De acuerdo, vamos a mi casa.

Capítulo 8

La sensación de calor que invadió a Carlos al entrar en el piso de Lucía fue indescriptible. Y no por el calor del principio de verano que apretaba sin piedad. Tampoco por el calor que la enfermera despertaba en él, que era mucho. No. Era la sensación de hogar la que lo absorbió por entero.

Dos niños, que ya había visto en el parque, sus hijos, se tiraron como un alud hacia su madre cuando esta entró, haciendo que ella se agachase a por el más pequeño y dejando un pedazo de panorámica más que espectacular de su trasero.

Una mujer mayor, de unos cincuenta y muchos, se asomó con un delantal y un trapo entre las manos, en el que se secaba con afán. Al ver a Carlos, abrió mucho la boca. De hecho, se quedó muda de la impresión. Carlos supuso que Lucía no debía de llevar a muchos hombres a casa y, sin saber por qué, se sintió muy bien de repente.

—Mamá, hola —soltó Lucía con voz chillona y nerviosa—. Mira, te presento a Carlos. Va a comer con nosotros hoy. Es un paciente, bueno no, es familiar de un paciente, bueno... —Y como su madre no hiciera más que abrir mucho los ojos... —Es un amigo —cortó sin más ceremonias.

La alcanzó de dos zancadas y se la llevó por el codo y a la fuerza hacia una habitación, mientras invitaba a Carlos a que se pusiese cómodo.

Carlos se encontró de repente a solas con los dos niños rubios como su madre, que lo miraban atentamente, mientras, suponía, Lucía le explicaba a su

madre la situación.

—¿Eres el novio de mamá? —preguntó el más mayor con interés.

Carlos sonrió imaginándose la escena que el niño tenía en mente.

—¿Tiene mamá algún novio? —interrogó Carlos, poniéndose en cuclillas, y cotilleando con todo el descaro del mundo, con los que pretendía que fuesen sus dos nuevos compinches.

El más pequeño negó con los ojos como platos.

—La “abu” quiere que mamá tenga un novio, pero mamá siempre dice que ni en sueños, que ya tuvo bastante, pero yo no entiendo por qué ha tenido bastantes si nunca ha tenido ninguno... —se preguntó el más pequeño sin ninguna vergüenza.

Carlos pensó que no se podía ser más adorable que aquel par de rubietes rechonchos.

—Bueno, por ahora, somos amigos, pero si vuestra “abu” quiere un novio...

¿Por qué puñetas había dicho aquello? Carlos se encontró como un tonto, allí agachado, y añorando formar parte de aquel hogar como un verdadero idiota. ¿Sería parte del duelo por lo de su hermano? Lo peor fue cuando aquel canijo se acercó a él y lo abrazó sin previo aviso, lo cual hizo que el más grande lo siguiera y se quedaran formando una piña en la entrada de la casa, con un más que confuso Carlos, que, para su asombro, estaba en la gloria.

Al salir de la habitación madre e hija, Carlos no supo qué hacer al ver que la madre abría más todavía la boca y los ojos, si es que eso era posible. Lucía se quedó pasmada y, al ver a su madre con aquella sonrisa de “aquí hay tema”, le dio un empujón para que desapareciera.

—¡Niños! —amonestó Lucía con vergüenza—, no molestéis a nuestro invitado.

Los niños se separaron con dificultad de Carlos, que no tenía intención de soltarlos, y desaparecieron a la llamada de su abuela, la cual no sabía ni dónde se había metido.

—Son adorables —expresó Carlos con su mejor sonrisa.

Lucía estaba de los nervios. Nunca había llevado a ningún hombre a su casa. Ninguno que no hubiese sido su marido, claro. Sabía que su casa estaba hecha un auténtico desastre, ropa por todas partes, deportivas por el suelo, juguetes encima y debajo de todas las mesas... Y él tan limpio y formalmente vestido... Ahora se arrepentía muchísimo de haberlo llevado a su casa. ¡Menuda impresión iba a darle! Espera un momento, ¿quería impresionarlo? No, solo le interesaba el bocadillo. “Venga ya”, claro que quería impresionarlo. ¿Qué mujer, en su sano juicio, no iba a querer impresionar a semejante pedazo de hombre? Pues ella, que era idiota, porque, vamos a ver, desde cuándo se impresionaba a un hombre echándole a los hijos de otro encima. ¡Dios, era la mujer más imbécil sobre la faz de la Tierra!

—Sí, bueno... —titubeó sin saber qué hacer—. Mi madre se los ha llevado a la salita, estaban comiendo. Tú y yo podemos ir a la cocina a hacerlo. —Lucía se puso colorada en el acto—. El bocadillo, claro.

—Claro, cómo no —aceptó con una sonrisa que la volvió a dejar plantada en el sitio.

—Sí, ven, es por aquí.

Lo primero que cautivó a Carlos al entrar en la estancia fue el despliegue de aromas que allí había. Olores que lo transportaron automáticamente a su infancia. Una infancia llena de gente apretujada en una pequeña cocina. Alegría, felicidad, amistad, amor... Todas aquellas emociones las despertó la calidez de aquella pequeña cocina, llena de cacharros por todos los sitios y cazuelas al fuego, con el típico “*chup, chup*” de algo rico que se está guisando.

—Perdona el desorden, no me ha dado tiempo a recoger los trastos de la mañana y mi madre también se ha puesto a cocinar...

—Me encanta —soltó con cara de felicidad y satisfacción.

Lucía se sentía desorientada. Se suponía que aquel hombre era un afamado crítico gastronómico. Sí, lo había buscado en internet, tenía su nombre y los apellidos de su hermano, no le había sido difícil encontrarlo ya que aparecía en un montón de páginas, entre las cuales, sin darle más importancia y habiendo puesto en el buscador de *Google* “pareja de Carlos Iglesias”, había

encontrado que no tenía novia conocida. Así, como el que no quiere la cosa, como quien se equivoca... Pero, en todas las fotos, que eran muchas, ya que era considerado como “el gastrónomo más sexy”, aparecía siempre vestido de manera intachable, con su traje y su pelo perfecto, con su sonrisa Profident siempre puesta y esos faros halógenos azules que deslumbraban a kilómetros de distancia. Y, aunque ahora no iba de Armani, estaba mucho más guapo con esos vaqueros azules medio desgastados y aquella camiseta blanca de manga corta, que se ajustaba a todas esas perfectas formas que tenía su pedazo de cuerpo de gimnasio. Se lo veía siempre impoluto y como muy cosmopolita y guay y, sin embargo, estaba en su vieja y sucia cocina diciendo que le encantaba. Volvió a pensar que ese hombre no podía estar bien de la cabeza. “¡Ains, pero qué penita más grande!”.

Sacó de la nevera el táper con la carne y encendió una pequeña plancha que tenía en una esquina en un ángulo de la cocina.

—Una vez hecha la carne, tampoco es que tenga mucha complicación —aseveró, dándose de pronto cuenta de la magnitud de la situación.

Un crítico gastronómico en su cocina. Y quería comer su bocadillo. Un hombre acostumbrado a los más exquisitos manjares. Un hombre que había probado la cocina de los grandes. Un hombre del que había leído críticas a Ferrán Adriá, Jordi Cruz, Joan Roca, David Muñoz o Quique Dacosta... ¡¡¡en su cocina!!! “Tranquilo, pánico, no cundas”, se dijo a sí misma, “¡Oh, Dios, que cunda el pánico!”. ¿Por qué demonios se había metido ella en eso? Ese hombre sabría cocinar mil veces mejor que ella. Y ahora, ¿qué hacía? ¡Joder! No le quedaba más remedio que apechugar para no sentirse como una auténtica pazguata.

—¿Cómo preparas la carne? —preguntó interesado.

—Pues, en realidad, es un trozo de lomo, mejor si es ibérico, pero yo compro el normal —comentó casi con vergüenza.

—Como todo el mundo —contestó él con una amplia sonrisa—. ¿En qué lo has marinado? —preguntó al destapar el táper y absorber, uno a uno, todos los olores y aromas que procedían de este.

Lucía pensó que no se podía ser más encantador. No todo el mundo compraba el lomo normal, pero él lo había dicho para que ella se sintiese

bien, lo sabía.

—Es el típico cubanito, lo empecé a hacer cuando salió la peli de *Chef*, ¿la has visto? A mí me encanta y, como a mis hijos les gustó tanto, ahora es como un imprescindible en mi casa.

Carlos estaba a su lado, los dos sobre el táper que reposaba sobre la encimera, y girado hacia ella mirándola de cerca. Estaba nerviosa, lo sabía, solo había que escuchar su rápido y atropellado discurso. Pero él estaba encantado con la situación. Sabía lo que aquello significaba porque le había ocurrido un millón de veces y esta era la que más le estaba emocionando. Sabía que le gustaba a Lucía y ella le encantaba a él.

—El cubanito se puede hacer de muchas formas —informó en un despliegue de conocimientos—, según la región o zona a la que vayas de Cuba.

—¿Tú... has estado allí? —tartamudeó poniéndose cada vez más nerviosa.

—Claro, durante la carrera tenemos que viajar mucho para conocer bien la gastronomía de todo el mundo. Y, cuando terminas, pues cuanto más viajes, mejor. ¿Y tú? ¿Has estado en Cuba?

Lucía se quedó con la boca abierta. Su receta era una normal y corriente de internet a la que le había añadido dos o tres sabores más, que sabía que a sus hijos les encantaban. ¿Cómo se había metido en aquel lío? Espera un momento, era él el que había dicho que su bocadillo estaba bueno, tampoco tenía por qué sentir tanto miedo, ¿no? Pues, joderse, estaba temblando como un flan.

—No —negó bajando la mirada a su preparación—. Yo nunca he salido de España. Bueno, me fui a Canarias por mi luna de miel, pero no creo que eso cuente, sigue siendo España. Pero me hubiese encantado ir a Cuba...

Lo dijo con tanta tristeza que Carlos sintió deseos de abrazarla y de prometerle que él la llevaría a ver medio mundo, si ella quería, claro. Estaba lleno de dudas con respecto a cómo gestionar todas las sensaciones y sentimientos que se acumulaban en su interior desde que había conocido a esa enfermera. Así que decidió cambiar de tercio.

—Tampoco es para tanto, ¿sabes? Cuando viajas mucho te llegas a aburrir y lo único que quieres es volver a tu casa, sobre todo, cuando tienes un hogar

—dijo nostálgico.

Lucía sonrió levantando la mirada y Carlos sufrió una sacudida repentina en el pecho.

—¿Te digo mis ingredientes secretos? —preguntó de manera traviesa y casi infantil.

—Sí, por favor.

—Mira, dejo el lomo marinando todo un día en aceite de oliva virgen extra, este sí que lo compro del bueno —explicó con un ligero sonrojo—, pongo la ralladura y el zumo de una lima y un limón, unos cuantos dientes de ajo pelados y machacados, un buen manojo de cilantro fresco...

Mientras ella enumeraba la lista de la marinada, Carlos se afanaba en oler y meter uno de sus dedos en el líquido para luego llevárselo a la boca, a esos labios llenos y sensuales y, ¡ay, Dios mío, qué sofoco!, ¿por qué hacía aquello? Tuvo que apretar fuerte los muslos y, para su propia vergüenza, se notó toda húmeda.

—Pues yo detecto un montón de sabores más —dijo, ajeno a las sensaciones turbulentas de Lucía, interrumpiendo el rumbo de los pensamientos de esta, que había dejado de hablar para morderse el labio inferior de gusto.

Lucía enrojeció hasta las orejas al ver la mirada de Carlos clavada en ella. ¿Sabría lo que estaba pensando? ¡Era imposible! ¿Verdad? Entonces, ¿por qué la estaba mirando con aquella sonrisa tierna, pero de autosuficiencia?

—Sí... sí, hay más, claro —carraspeó tratando de que la voz saliera de su garganta lo más normal posible—, también le pongo hierbabuena, orégano, comino y sal y pimienta, claro.

—¡Delicioso! —afirmó nuevamente chupándose el puñetero dedo que no dejaba respirar tranquila a Lucía—. Es una mezcla de especias simplemente espectacular, no me extraña que esté tan bueno.

—Luego solo lo horneo.

—Bueno, solo, lo que se dice solo... no todo el mundo sabe dejar la carne en su punto, perfecta y jugosa, como la de tu bocata.

Lucía enrojeció de nuevo. Al final se iba a creer que cocinaba bien. Bueno, mejor que bien, porque esas palabras venidas de un crítico gastronómico famoso... eran todo un placer para los oídos de cualquiera. Y con esa sonrisa...

—¿Qué le haces al pan? Solo lo untas con mostaza, ¿no?

—Sí, lo pongo en la plancha caliente después de haberlo untado con mostaza y lo relleno con la carne, jamón cocido, queso emmental y pepinillos.

—¡Perfecto! Te juro que empezaría a hablar de tu bocadillo y podría escribir páginas y páginas sobre su especiado olor, su delicado sabor y todas las sensaciones que me produce.

Lucía se quedó mirándolo mientras hablaba con tanta pasión, y no pudo evitar poner cara de fascinación por aquel hombre. ¿Sabría que era más guapo todavía, si es que aquello podía ser, cuando hablaba con tanta pasión? ¡Joder! ¡De repente quería ser un bocadillo! Un bocadillo entero todo para Carlos. La escena invadió su mente con la misma velocidad que el sonrojo se apoderaba nuevamente de su cara y tuvo que volver a apretar los muslos y morderse los labios.

Carlos, que trataba de centrarse en el bocadillo, de forma bastante inútil, al ver otra vez cómo se volvía a morder esa boquita de piñón, no lo pudo soportar. Así que la rodeó con su brazo por la cintura mientras la acercaba a sí mismo con fuerza controlada. Necesitaba probarla a ella, no al bocata.

Lo último que pudo recordar Lucía antes de que sus bocas se unieran fue la mirada oscurecida de Carlos por el deseo. ¡La deseaba! ¡A ella! No a su bocadillo. Bueno, a su bocadillo también, pero la deseaba a ella. Se derritió automáticamente en los labios llenos de Carlos, que no tardó en profundizar el beso introduciendo la lengua en la tibia, húmeda y delicada boca de Lucía.

¿Recordaba Carlos placer más exquisito? No. Y no quería dejar de sentirlo. Sus manos bajaron con cuidado hacia aquel trasero que lo había cautivado aquel primer día en el bar y cuando consiguió llenar su mano con aquella firme carne...

—¡Abu! ¡Mamá tiene novio! —vociferó un chiquillo a su lado.

La dolorosa erección desapareció al tiempo que sus ojos se abrían

desmesuradamente y Lucía le daba un empujón, apartándolo, con la cara color escarlata.

La “abu” apareció como un vendaval por la cocina con la mirada baja y roja como un tomate, para llevarse al pequeño de los niños de forma veloz, y disculpándose sin parar.

—Será mejor que te acabe de preparar el bocadillo. Tendrás que volver al hospital —dijo Lucía, casi en un susurro y muerta de vergüenza.

Carlos la miró con dulzura. La enfermera le gustaba mucho.

Mucho, mucho.

Capítulo 9

La cara de Carlos, al llegar al hospital, era todo un poema. Pero la de Alfredo la superaba con creces.

—¡Ja! ¡Te lo has perdido! —le soltó Alfredo nada más llegar con una sonrisa radiante.

—¿El qué? —preguntó Carlos desorientado.

—¡No tengo cáncer!

—¿Como que no tienes cáncer? ¿Ha pasado el médico?

—*Sep*, y tú no estabas —contestó riendo.

—No sé dónde le ves la gracia —amonestó malhumorado de repente—. Quiero que me lo expliquen a mí, tengo preguntas, ¿por qué dicen eso si...?

—¡Para, Carlos! —ordenó enfadado su hermano—. No soy un niño pequeño. De hecho, soy tu hermano mayor, y no necesito a nadie a mi lado para entender un diagnóstico.

Carlos se quedó cortado. Era cierto. Pero tanto tiempo allí para no estar en el momento crucial...

—Bueno, pues suéltalo ya, que me tienes acojonado —dijo elevando el tono de voz.

—No es cáncer, he tenido un accidente isquémico cerebral transitorio, un AIT, eso es todo.

—Pero ¿qué coño es eso? —preguntó angustiado.

—Como un ictus, pero más *light*, para entendernos —contestó satisfecho—. Le puede pasar a cualquiera y no me ha dejado ninguna secuela. Además, me han puesto medicación para evitar posibles AIT futuros y me han dado el alta —dijo con una sonrisa de alivio enorme.

—¿En serio? No te estarás quedando conmigo, ¿no?

—Para nada, tío. Tienes hermano para rato.

A Carlos le faltó muy poco para comenzar a llorar y se lanzó con todo su cuerpo encima de la cama de su hermano, para fundirse en un tremendo abrazo y ahí... ahí sí que no pudo más y rompió a llorar. Como un niño pequeño, como el niño pequeño que siempre había sido. El niño pequeño que necesitaba a su familia por encima de todo. La sensación de alivio fue tan grande que incluso olvidó, por un instante, las sensaciones que le había producido su cita con Lucía.

—Me voy a vestir, que nos vamos —anunció feliz Alfredo—. Tengo ya hasta el alta, solo estaba esperándote.

Hasta ahí llegó su olvido.

—¿Como que nos vamos? —preguntó preocupado Carlos—. ¿Y Lucía?

—¿Como que Lucía? —preguntó sorprendido Alfredo—. ¡Coño! ¡Lucía! —se retractó—. ¿Qué ha pasado en la comida? Tío, se me había olvidado.

Carlos se quedó parado por un momento. ¿Qué había ocurrido? Pues no es que tuviera muy claro qué era lo que había pasado, pero sí que quería seguir viendo a Lucía. Y no tenía su teléfono. Y se iban. Comenzó a hiperventilar.

—Ha pasado que no tengo su teléfono —comentó ofuscado.

—Tío, ¿estás perdiendo facultades?

Otro ceño para el cuerpo de Alfredo.

—Pero, ¿qué facultades? Es que no sé qué me pasa cuando estoy con ella. No doy ni una.

Alfredo sonrió con autosuficiencia.

—La gente de a pie lo llama amor. Los escritores redichos como tú, no lo sé.

—¿Amor? ¡Pero si la he conocido esta semana!

—¡Coño, pero te gusta! Y mucho. Hablo de amor en el sentido más suave, pero si la sigues viendo estoy seguro que de aquí nace algo serio. Se os ve atontados a los dos a la legua.

—¿Os? ¿A los dos? ¿A ella también se lo ves? —preguntó inseguro—. Ya sabes que las relaciones no son lo mío.

—Eran. Las relaciones no eran lo tuyo porque nunca había aparecido la mujer adecuada. Pero ahí está y tú serás un auténtico gilipollas si dejas pasar esta oportunidad.

—Pero no tengo su teléfono.

—Dicen que el amor nos vuelve idiotas, así que voy a reafirmarme en que lo tuyo es amor. ¿Es que no sabes dónde trabaja?

—¡Coño, es verdad! Y también dónde vive.

—¿Como que dónde vive? ¿Puedes contarme qué es lo que me he perdido?

Capítulo 10

Cuando Lucía llegó al hospital, todavía estaba hecha un manojo de nervios. No. Peor. Ahora estaba más nerviosa. Había echado a Carlos prácticamente de su casa en cuanto le había envuelto el bocadillo. Y ni siquiera sabía si estaba bueno. ¿Habría dejado la carne en su punto? Eso parecía haberle llamado la atención del anterior bocata que había hecho. ¡Dios, qué inseguridad! Se lo había envuelto en papel de aluminio y, sin mirarlo casi a la cara, le había dicho que tenía que llevar a sus hijos a unas actividades y, como su madre no conducía y estaba lejos, pues lo tenía que hacer ella. ¡Menuda mierda de excusa! Pero es que no había sabido reaccionar a todas las emociones que había despertado aquel beso. ¡Joder, qué beso! Porque a ella nunca, nadie, jamás la había besado así, con tanta dulzura y a la vez con tanta lujuria, con tanto control, con tanta fuerza... ¡Otra vez mojada! ¡Joder! No iba a ser capaz de atender en condiciones a ninguno de sus pacientes. Pero si lo único que quería era entrar en la habitación donde sabía que estaría Carlos, y volver a abrazarlo y que la besara de la misma manera hasta que se derritiera y el resto del mundo desapareciera...

—Lucía, cambia esa cara de imbécil para otro momento que te dejo con tres ingresos nuevos —le soltó su compañera, a la que le iba a dar el cambio de turno.

—¿Tres? Pero si no tenemos camas —indicó, acercándose al ordenador para ver dónde iban los nuevos.

—Es que esta tarde han dado tres altas. ¿Para qué íbamos a tener menos

pacientes nosotras? —ironizó su compañera.

Lucía se quedó pálida y sin respiración al ver las altas. No podía ser. Alfredo se había ido. ¡Carlos se había ido! Sin despedirse. Había desaparecido de su vida igual que había entrado. Jamás volvería a verlo.

Se separó del ordenador y trató de serenarse barajando sus posibilidades. ¡Ninguna! Pero si no sabía nada de él y no tenía siquiera su teléfono. Comenzó a hiperventilar de nuevo. Esto no le podía estar sucediendo a ella.

¡Bingo! Tenía el teléfono y la dirección de Alfredo. Por supuesto, era información confidencial, pero no creía que Alfredo la denunciara si ella le explicaba que... ¿Qué? ¿Qué coño iba a decirle a Alfredo? ¿Que se había quedado desesperadamente enamorada del loco de su hermano y que necesitaba, como fuese, volver a verlo, aunque solo fuera para despedirse de él? ¡Era patética! El pecho comenzó a apretarse y las lágrimas afloraron a sus ojos sin permiso. Su amiga se acercó preocupada.

—¿Qué te ocurre, Lucía? ¿Te sientes mal? —preguntó alarmada.

—No puedo... —susurró casi sin aliento.

—Lucía, me estás asustando —se angustió su compañera—. ¿Ha ocurrido algo en casa? ¿Ha vuelto tu ex?

Lucía no se podía creer que se sintiera tan desgraciada y hundida por un hombre al que apenas conocía.

—No, no es mi ex, tranquila, es solo que... —Lucía rompió a llorar. —No puedo, de verdad que no puedo, me quiero ir...

Su compañera se quedó compungida y, aunque les habían prohibido doblar turnos, no lo dudó ni por un instante.

—Vete, yo te cubro. Me quedo por ti. Ya veremos cómo lo solucionamos con la supervisora de planta —la urgió.

—¿De verdad harías eso por mí? —sollozó desesperada.

—Pues claro.

—Gracias, lo siento mucho, pero es que de verdad que no puedo... yo...

—Vete ya, anda —la consoló su amiga.

Lucía se fue. Caminó como una autómatas hasta su casa con los hombros caídos y las lágrimas regando su cara como una cascada que no paraba de fluir. Cuando entró por la puerta asustó a su madre que, al verla en semejantes condiciones, se imaginó lo peor y la abrazó de forma automática sin hacer ni una sola pregunta. Ambas se sentaron en el sofá todavía abrazadas, mientras Lucía daba rienda suelta a todas sus emociones llorando de forma más enérgica, si es que eso era posible.

—Mamá, ¿cómo puedo estar así? ¿Qué es lo que me está pasando?

—¿Qué ha ocurrido, mi niña? —preguntó con dolor su madre.

—Se ha ido, mamá. Ha desaparecido de mi vida sin más, sin un adiós, sin...

Su madre comprendió a la perfección los sentimientos de su hija.

—Tranquila, mi cielo.

—Es que no lo entiendo, mami —se explicó Lucía volviendo a sentir aquella horrible sensación de opresión en el pecho a la vez que notaba un vacío en la misma boca del estómago—. Mi vida... —dijo, tratando de coger un aire que se empeñaba en no llegar a sus pulmones, impidiéndole hablar con algo de normalidad—, mi vida es una mierda, mamá, joder, tú lo sabes. Pero yo la tenía controlada. Y ahora, ahora... es peor —dijo sollozando como un bebé y sorbiendo los mocos—. Y no lo entiendo. Yo estaba bien sin nadie a mi lado, ya me había hecho a la idea. Y todo estaba bien así, sin pensar en que alguien podría llegar a quererme. Porque vamos a ver, quién iba a querer a una madre de dos niños pequeños, con una edad... ni siquiera soy bonita y estoy gorda. Era más feliz pensando que nadie podría fijarse jamás en mí y yo... — Tuvo que parar porque se asfixiaba tratando de desahogarse con su madre.

—¡Hija! —amonestó su madre con cierta dureza separándola de sí, sujetándole la cara entre sus manos y obligándola a que la mirase a los ojos directamente—. ¡Tú eres preciosa! Te mereces que un hombre bueno te quiera y deberías aspirar a que alguien...

—¡NO! —la interrumpió en un grito quejumbroso y lleno de llanto—. ¡No es cierto, mamá! Yo no puedo aspirar a nada ahora mismo y pararme a pensar que eso podría cambiar. Haber conocido a Carlos y pensar o llegar a

plantearme algo con él, cuando esto ni siquiera había por dónde cogerlo es absurdo. ¡Y duele! ¡Y no lo entiendo! ¿Por qué tuve que fantasear con algo que no podía ser? ¿A quién le beneficia que yo haya pensado por un instante en mí misma?

—Pero, hija...

—¡A nadie, mamá! —gritó desesperada—. ¡A nadie! Yo tengo que pensar en mis hijos, no en mí, y ya está. Ellos son lo único que de verdad importa. Bueno, y tú, no te ofendas...

—Tranquila, hija, no me he ofendido, entiendo lo que dices, pero está bien que pienses en ti y...

—¡Mentira! —cortó enfadada de nuevo—. ¡Mira cómo está de bien! ¡Estoy destrozada por una mierda de ilusión con un hombre al que apenas conozco!

—¡Bueno, ya está bien! —cortó su madre enfadada—. Ahora me vas a dejar hablar a mí. Te mereces un hombre bueno a tu lado, si eso es lo que deseas. Porque eres una gran mujer, fuerte, bonita y buena. Eres amable y simpática y no has perdido el brillo de tu mirada ni las ganas de ayudar a la gente. Y, en cuanto a ese hombre, ese Carlos, si la vista no me falló, y créeme que me falla muy pocas veces, y recuerda que nunca me gustó una mierda tu ex, te miraba con ojitos de cordero degollado. Volverá, ya te lo digo yo que volverá.

Capítulo 11

Lucía entró por la puerta del hospital con los hombros bajos, unas ojeras de caballo y cara triste. No había pegado ojo en toda la noche, aunque su madre había conseguido que dejase de llorar con su último discurso. “Volverá”, había dicho su madre. Sí, claro, cuando los cerdos volasen.

—Lucía, ¿qué tal? —la recibió otra compañera, ya que su amiga había cambiado el turno para descansar.

—Bien, ¿qué tal la tarde?

—Como siempre, aunque ya me dirás quién cojones es el tío buenorro que ha venido esta tarde. Te dejó un sobre. Te lo he puesto sobre los informes de turno.

A Lucía le pegó un vuelco el pecho. ¿Tío buenorro? Solo conocía a uno. ¡Ay, Dios! Mejor no hacerse ilusiones. A esa compañera suya, en concreto, le gustaban todos los especímenes del sexo contrario, no podía fiarse de ella.

—¿Dónde? —demandó con premura y abriendo los ojos demasiado.

—Aquí —dijo entregandoselo—. Me piro, tía.

Y se marchó dejando a Lucía con cara de boba mirando el sobre con pánico a abrirlo. ¿Y si no era de él? ¡A la mierda! Abrió el sobre para dejar de sentirse como una auténtica gilipollas.

Hola, Lucía, soy Carlos, el hermano de Alfredo, el idiota del bocadillo.

El corazón de Lucía comenzó a latir de forma errática y a toda velocidad.

Nos dieron el alta y no tuve oportunidad de despedirme de ti.

¡Joder! ¡Menuda puta mierda de mala suerte, solo quería despedirse, y por carta!

No sabía si acercarme a tu casa, pero me pareció de mal gusto y no quería que te asustases por si crees que soy un psicópata acosador o algo así (bueno, que sepas que no lo soy, por cierto). Tampoco tengo tu teléfono, así que esta era la única forma de ponerme en contacto contigo sin apabullar. Bueno, al grano. Como te debo una comida he pensado lo siguiente: te dejo mi número de teléfono y, si te apetece, me llamas. Si lo haces, me haría muchísima ilusión invitarte, esta vez, a mi casa. Y si no me llamas... pues bueno, tendré que encajarlo, pero he preferido dejarlo en tus manos. Un beso. Carlos.

Los latidos de su corazón no le dejaron memorizar los números, aunque sí la última palabra antes de su nombre. ¡Un beso! ¡Joder, cómo besaba ese hombre...! Se encontró a sí misma mirando la pared de enfrente y soñando despierta como una auténtica tonta. Solo le faltaba babear. La estaba invitando a cenar a su casa... ¡Coño! ¿Eso era una cita?, pensó mientras volvía a apretar los muslos de gusto.

—¿Sabías que pareces una auténtica lela ahí plantada? —le espetó la auxiliar que estaba con ella en el turno—. ¿Te pasa algo?

—Síííí, ¡tengo una cita! —canturreó entusiasmada mientras comenzaba el turno de noche.

Capítulo 12

El viernes llegó y, con él, la histeria. No había podido aguantar y esa misma noche había llamado a Carlos, ¡qué patética!, ¿no? Pero ella era así, qué le iba a hacer. Además, Carlos se había mostrado entusiasmado con su llamada y habían quedado para ese viernes. Ella le había dado, por fin, su teléfono y él su dirección. Para la cita, se había puesto un sencillo pero elegante vestido floral de tirantes que destacaba su generoso escote y se había soltado el pelo. La llegada en taxi a la casa de Carlos no había hecho sino empeorar sus nervios. El barrio y el edificio, más concretamente, eran una auténtica pasada. Cada vez sentía más vergüenza al pensar que lo había llevado a su mierda de piso y cada vez se sentía más idiota pensando que ella podría interesarle a un hombre como él.

El ascensor la escupió en un ático de lujo y a punto estaba de darse la vuelta y largarse cuando Carlos la recibió sin que ella hubiese llamado a la puerta.

—¿Ya te ibas? —soltó con una sonrisa de lado que dejó a Lucía sin respiración.

—Yo...

—Anda, pasa, que te tengo una pedazo de cena preparada.

Lucía bajó la cabeza mortificada por la situación y pasó a su lado para adentrarse en el ático más impresionante que jamás hubiese visto. Claro, que ella jamás había visto un ático en esa zona y menos con aquellos lujos... y

orden... y limpieza... y paz... y tranquilidad. Con cada adjetivo se iba hundiendo más y más en su propia miseria.

Carlos estaba pletórico. No solo por el hecho de que ella hubiese aceptado su cita sino por lo preciosa que estaba aquella noche y por todos los fantásticos olores que dejaba a su paso. Podía imaginarla desprendiendo notas de aromas diferentes como a Campanilla desprendiendo su polvo de hada por donde volaba. Aquella mujer lo fascinaba.

—Ven —la acució, pasándola al salón e invitándola a sentarse en el cómodo y suave sofá—, he preparado unas copas de vino mientras llega la cena.

—¿Mientras llega la cena? —preguntó sorprendida Lucía con los ojos como platos.

—Sí, claro, he pedido un menú de degustación a domicilio de uno de los mejores restaurantes de Madrid.

Lucía se quedó boquiabierta.

—Pensé que tú me ibas a preparar la cena.

—¿Yo? —dijo soltando una carcajada—. Pero si no sé ni hacer un huevo frito.

—Pero... pero si tú eres crítico gastronómico.

—Sí, pero eso no implica que sepa cocinar. De hecho, en la carrera no tocamos ni una sartén. Aprendes a memorizar sabores, mezclas de aromas y texturas, características organolépticas en general...

Lucía estaba sobrepasada. Y pensar que se había pasado varios días con los nervios de punta por cómo la había mirado mientras cocinaba. Ahora se sentía ridícula. Y tonta. Mejor beber vino que contestar.

—No lo sabía.

—Tranquila, casi nadie lo sabe. De hecho, todo el mundo que me invita a comer o cenar a su casa se pone nervioso. Lo cierto es que me fastidia mucho porque yo soy el primero que lo que más disfruta es de una buena compañía, como la tuya.

Lucía volvió a beber otro trago de vino, más como un camionero de carretera que como una mujer refinada con cierto nivel de estudios. Pero esos ojos, esa manera de mirarla, ese cuerpo...

El timbre sonó y con él llegó un despliegue indecente de comida que estaba más que buenísima. Lucía jamás había probado manjares como aquellos y presentados de aquella manera tan exquisita que no sabía ni cómo meter en la boca. Pero lo bueno que tenía beber tanto vino sin control era que podía hacer el ridículo con total impunidad. Además, Lucía era de buen comer, obviamente no usaba una treinta y cuatro, ni treinta y seis, ni cuarenta y dos, para qué mentir. Pero a Carlos parecía no importarle ni su talla ni su saque comiendo. Es más, la miraba casi con admiración. Por Dios, ¡qué nervios! Viva el vino.

Carlos la miraba y no se lo podía creer. Era la mujer de sus sueños hecha realidad. Le encantaba su cuerpo, su olor, su simpatía, su dulzura, su naturalidad y, sobre todo, su sentido de familia, su casa, su manera de achuchar a sus hijos, su hogar que tanto le recordaba al suyo propio.

—Más vino, por favor —dijo Lucía con la sonrisa ya boba puesta, porque, la verdad, iba un poco más que achispada.

—Creo que será mejor que pares —advirtió Carlos, con aquella sonrisa seductora que le robaba el aliento.

Lucía se lo quedó mirando tan solo un segundo. Su cabeza no funcionaba bien, pero tampoco le daba la gana que lo hiciera y Carlos era un sueño hecho realidad.

—¡Hazme el amor!

¿En serio se había atrevido a decir aquello? ¡Madre mía! ¡Qué vergüenza! ¿Estaría roja?

Carlos se quedó pasmado. Tenía que ser el vino porque para una chica con la que quería ir despacio y hacer las cosas bien...

—Creo que has bebido demasiado...

—¿No me deseas? —preguntó con una decepción tal en la cara que Carlos no supo ni qué contestar.

—¡Claro que te deseo! —afirmó pensando en la tensión que su miembro viril había tenido que soportar desde que había entrado por la puerta de su casa. ¡Mentira! Desde que la conocía—. ¡Pero si yo solo trataba de hacer las cosas bien!

Pasado el disgusto inicial, Lucía se lo quedó mirando muy fijamente.

—¿Las cosas bien?

—A ver, Lucía —intentó explicarse Carlos como mejor pudo—. Tú me gustas, me gustas mucho y quiero tener algo serio contigo. No pretendo que esto sea una cena y folleto, y si te he visto no me acuerdo, ¿entiendes?

Lucía empezó a sonreír como una bobalicona. Quería algo serio con ella. Y eso implicaba muchas cosas porque ya sabía que tenía dos hijos, que no era rica, que su casa y su vida, en general, eran un desastre... ¡Quería algo serio con ella! ¿Se le estaría cayendo la baba de manera literal?

—Tú también me gustas, Carlos. Mucho. Y no sabes cuánto te agradezco lo que me acabas de decir. Pero tengo los bajos en erupción desde que te conozco y hace tanto que un hombre no me toca...

¿De verdad había sido capaz de decir aquello? ¡Joder! ¡Qué más daba! El vino le daba el valor que necesitaba y ella lo deseaba con desesperación.

Carlos no pudo con semejante despliegue de tonterías. Le encantaba la muchacha y, aunque sabía que el vino era el que hablaba, también sabía que le deseaba antes y era ya una mujer adulta. Además, él tenía toda la intención de cuidarla.

Cogió ambas copas y las dejó sobre la mesa, tras lo cual tuvo que enfrentarse a Lucía, que se le tiró encima sin darle tiempo a prepararse. Se lanzó a por su boca en busca de un beso más que deseado por ambos. Pero Carlos no iba a dejar que Lucía tomase el mando, al menos no esa primera vez. Se fundieron en el beso más erótico que Carlos jamás hubiese probado, con aquella boca suave llena de los sabores y olores de la comida mezclados con los de ella. Una auténtica delicia. Hubiera pasado así toda la noche porque era un hombre al que le gustaba degustarlo todo, pero el insistente vaivén de las caderas de Lucía y la tensión de su miembro viril lo estaban volviendo loco. Colocó a Lucía sobre sí mismo a horcajadas, sin parar de

besarla, y metió las manos bajo su vestido para acariciarle los muslos y subir hasta ese trasero que lo había enamorado el primer día. Allí, apartó sus braguitas como pudo y sobó con placer la carne suave de la joven hasta que cambió de dirección para poder llegar al punto más deseado. Introdujo la mano por el borde superior de la braguita en su vientre y casi muere de gusto al encontrarse con la humedad caliente que le daba la bienvenida, donde no dudó ni por un instante en introducir uno de sus dedos.

Lucía se quedó sin respiración. ¡Dios, estaba en la gloria! ¿Cuánto hacía que un hombre no la tocaba? Y lo peor, ¿cuánto hacía que un hombre no la tocaba con aquella devoción? Estaba segura de que iba a llegar al clímax en ese mismo momento, así sin más, iba a quedar fatal, pero lo necesitaba y su cuerpo estaba más que preparado. Así que...

El orgasmo pilló desprevenido a Carlos, que abrió los ojos con sorpresa. Pero, pasada la primera impresión, tuvo que reconocer que le había encantado la reacción de Lucía. Si esto era el principio, que se preparase. Se levantó del sofá con ella encima y se dirigió a su dormitorio sin dejar de besarla con pasión. Allí, la tendió en la cama y la despojó de sus braguitas ¿blancas? Bueno, era adorable. ¡Coño! Se estaba poniendo más cachondo. ¡Esta sí que era buena! Se desnudó en un suspiro mientras Lucía hacía lo propio y tuvo que pararse de pie, sobre ella, cuando desnudó sus pechos para él. ¡Sí! Definitivamente, quería perderse en ella para siempre.

Jamás supo cómo pudo ponerse el preservativo ni la cantidad de veces que hicieron el amor esa noche, pero cuando llegó el alba y ella dormía plácidamente a su lado, mientras él la acurrucaba en su pecho y la acariciaba con suavidad, lo supo.

Supo que Lucía era la mujer de su vida, que era con ella con la que quería formar ese hogar añorado de su infancia y, no sabía por qué, pero sabía que era ella.

Lucía despertó como de una ensoñación. No, no había sido un sueño, había sido todo real. ¡Joder! ¡Qué vergüenza! Ahora tocaba la dosis de realidad. La dosis de “qué-bien-lo-pasamos-anoche-otro-día-podríamos-repetir” y “san se acabó”.

—Carlos, yo...

—¿Sabes? —la cortó él con una gran sonrisa en la cara—. Creo que nos deberíamos ir a Cuba.

—¿Qué? —preguntó atónita.

—Sí, quiero que pruebes ese cubanito, quiero que veas ese mundo que tanto deseas. Y que lo hagas conmigo, claro.

—Tú estás loco, ¿verdad? —preguntó estupefacta.

—Loco por ti, sí. Sé que es muy pronto para lo que te digo, pero la vida es muy corta. Créeme. Lo sé de primera mano, y yo quiero pasar la que me quede contigo. Quiero formar parte de tu familia. No. Quiero que tu familia sea mi familia.

“Estaba loco”. “De remate”. Pero, ¡qué coño! Tenía razón. Lo sabría ella que trabajaba en la planta de oncología. Además, ya no eran niños. Y se había enamorado profundamente de él.

—¿Sabes que se me da de escándalo hacer el *Croque Monsieur*? —preguntó con picardía.

Carlos soltó una carcajada auténtica que hizo que a Lucía se le erizase todo el vello del cuerpo.

—¿Quieres ir a París? —preguntó mientras sus manos volaban hacia sus pechos desnudos.

—Creo que, para empezar, me encantaría, sí —dijo coqueta, mientras se apretaba más contra él y tropezaba con su miembro viril endurecido por el deseo.

—Solo si me lo haces —dijo él mientras acoplaba su cadera a la de ella y se quedaba justo en su húmeda entrada.

Lucía solo podía boquear, mientras pensaba en lo feliz que se sentía junto a aquel hombre.

—Te prometo que te haré ese bocadillo y mil más —jadeó esperando que entrase en ella.

—No me refería al bocadillo —afirmó, mientras la penetraba con lentitud, para demostrarle qué era exactamente lo que quería que le hiciera.

La llevaría a Cuba para probar ese cubanita. La llevaría a París para probar ese *Croque Monsieur*. La llevaría a donde ella deseara. Pero primero... primero la llevaría a las estrellas.

Prueba todos los sabores de la minicolección **Recetas para
subir la temperatura:**

ERIKA FIORUCCI, *Al plato vendrás, almeja*

IRENE MENDOZA, *Con mucho amor y mucho limón*

MAYTE ESTEBAN, *Comer y amar, todo es empezar*

CLAUDIA VELASCO, *De postre, tú*

MARISA SICILIA, *Dulce y picante... como tú*

CARLA CRESPO, *Con sabor a beso*

MEG FERRERO, *Las manos van al pan*

MIMMI KASS, *Refréscame*

OLGA SALAR, *Sushi para dos*

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com